

JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS

ALBUM DE FOTOS



**POEMARIO
2006**



Colección Poemas de Luna

© JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS

Fotos: José Luis Moya Palacios

Poemas: José Luis Moya Palacios

Prohibida toda reproducción de fotos o texto sin permiso del autor.

PORTADA

“Álbum de fotos” es una reflexión, en clave poética, sobre los paisajes recorridos, los sentimientos abandonados en las pupilas. Es un peregrinaje hacia las nostalgias íntimas, una mirada atrás, vaciada sobre los estímulos retenidos tras el tiempo, en los oasis del papel cuché.

Las palabras pasean recuerdos en los interminables deseos de pervivir, de repetir el ayer contra las horas pretéritas para quedarte... Pero el tiempo, no perdona, y jamás regresa... y abrazar el ayer desde el hoy, se hace quimera de imposibles.

Cada fotograma empuja hacia memorias idas, a sentimientos de alegrías y tristezas por las calles de recuerdos; e inexorablemente, van pasando las nubes sobre el cielo de los árboles crecidos y el vuelo de las gaviotas del mar.

El corazón busca remansos de calma en el pasado, en los escaños de la luz vencida, en ese pozo de vacíos que araña el alma tras cada puesta de sol.

Y recorres, con manos lentas, páginas ya amarillas, y va surgiendo la reflexión cuando amanece el luto de las noches sin destino en las ojeras...

Agarrado a tus rodillas, en un rincón de la vida, barajas las fotos de ayer que fueron historia de camino.

Cuánta dicha, cuánta luz, cuántas risas. Tantos sentimientos atrapados en ese instante retenido contra los ojos...

Aquellas horas de playa... la policromía de los colores de toallas y sombrillas, cerrar los párpados. Paz sobre la arena... el perfume de los aerosoles que llega, la brisa, la claridad del mar abierto...

Entre silencio y silencio, peregrinas lágrimas, apagadas nostalgias, mientras el invierno marchita las hojas y orada el frío túneles de soledad contra el alma.

Huyendo de la propia realidad, de las rosas negras del otoño, buscas el último arco iris tras la lluvia. Lejanas cúpulas de campanas, pintan el tiempo del agua, y más allá de otro día, siempre la soledad del mar.

“Álbum de fotos” es una forma metafórica de encuentro con la propia historia interior, contrapunto entre amor y ausencia, miedo y sueño, frío en el alma de los vacíos, incomunicación que deshabita el sentimiento y cumple en la piel la soledad.

En cada línea, se adivina un relato de oscuridad y pulso, conjunción entre lo vivido en los días y lo sentido las noches de lutos apuñaladas de olvidos. Y contra los tablones de los días y los años, sólo desencantos.

En las manos, páginas de fiebre y ternura que huyen de sí mismas, buscando asumir una realidad inexistente, más allá de todo lo que ya se fue.

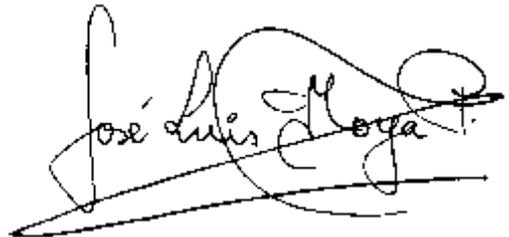
En el lenguaje oculto de las palabras, queda ese morir la vida de los árboles y el mar que conmueve, ese desgarrar de vivir enterrado contra brújulas de soledad...

Y sin quererlo, yo sé que el papel se hace espejo y relata ese "Álbum de fotos" de las eternas soledades del corazón del hombre.

Y nos quedamos con los ojos cerrados, tras el sentimiento que nos viste y nos desnuda, que nos deja solos frente a nosotros, en el recuerdo de las fotos, en las palabras dichas, que cada tarde, al ponerse el sol, pronuncia a solas la memoria.

Mar Menor
Verano de 2006

Fdo. José Luis Moya P.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "José Luis Moya P.", with a large, sweeping flourish underneath.

POEMARIO



Foto: José Luis Moya

1 Ángel de silencios fríos. La sublevación del deseo nos dejó con el alma en la intemperie de bronce y aceros. Miradas para nadie. Las penínsulas de la luz están vacías de paraísos. Voy contigo, hasta que llegue la palabra, en ese viaje de magarzas junto a la noche. En las manos vacías, sobre la pobreza de la desnudez sin túnicas, sé que seré libre. Mientras se va la vida en los crepúsculos, escarbaré mil gritos en los desiertos del cielo, para sembrar de besos y poemas las calles del mundo.



Foto: José Luis Moya

2 Ha desertado la luz de las aguas del río. Soledad. Construir un nido de silencios al borde de los juncos. Atraveso ese tiempo de naufragios y nostalgias para curar las heridas del insomnio. Esperar con los ojos cerrados el rosario de las esquilas, los cristales del invierno, las horas de la luz vencida. Soñar luego, despacio, todo lo que será recuerdo, más allá de las mañanas de abril. Esperar la posesión última del sol, y hojas nuevas en el agua, mientras crecen de cielo los troncos de los árboles, en mitad del silencio de campanas.



Foto: José Luis Moya

3 Roban la luz al sol los días de otoño. Se desnuda el aire en las semillas, y los árboles son poseídos por el viento. Orquídeas muertas sobre los cementerios de la madrugada. Lentas pisadas buscan el reino de las horas para llegar a las cárcavas del anochecer. Miradas cautivas. Seguir viviendo en tu hambre y en tu sed, en el cuenco de tus frutas, en el alma de los besos y palomas, junto a tus senos de mujer.



Foto: José Luis Moya

4 Sed de lluvia. Calmas para respirar los ojos. Bautizo a diario las palabras antes del adiós de todo lo que se va. ¿De qué se quejaba el amor?... tal vez del tiempo solamente. Agua sabor a menta, para tejer las auroras. Las historias de los hombres habitan las plegarias de las ramas de los árboles. Y en los fractales de las nubes, están las lágrimas del cielo.



Foto: José Luis Moya

5 La luz del frío rompe la niebla con cristales. Revivir lento del amanecer sobre la hierba. Una encina, escribe poemas de soledad en la llanura contra el lienzo de las nieblas. Es necesaria la aurora, un día más, para que viva la mañana, para que nazca el cielo. Un abrazo. Una mirada. Y las manos del frío extienden acuarelas de lutos blancos en las praderas del amanecer.



Foto: José Luis Moya

6 Corazón de lo vivido. Rosa de aquel día. Hay un regreso lento del sol a las hojas muertas. Ese adiós para siempre a lo que uno fue. Ser hombre más allá de los inviernos, de las ciudades de besos. Saber a oscuras, que todavía sobrevivo en los adobes de paja. Seguir amando el ayer contra el invierno marchito, en los paisajes del cielo. Se fueron las palomas. Vivir aún de lo pasado. Y azucenas todavía...



Foto: José Luis Moya

7 Dejar el amor en los besos, entre noche y noche. Lilas blancas. Anidar pulsos en los labios. Dibujar, más allá del dolor, corazones en los troncos de abedules, en esos parques de la tarde, que jamás sabrá nadie. Ansia de sueños imposibles más allá del arco iris. Ministerio de la vida. Ocaso del cielo. Y en los ojos, sentimientos para mil fantasías y sueños.



Foto: José Luis Moya

8 Alma para el azul. Hierro para los ojos. En el corazón calmas de río, ternuras de semilla junto al agua. Tiene la tarde un temblor de sol huído. Recogimiento de las manos para una oración de silencio. Amar apasionadamente la vida, aunque te dobles por el dolor en las llagas del crepúsculo. Crece de repente, ese país de ilusiones habitadas en tu alma y la mía. Semillas para la libertad. En sueños se cruzan nuestros brazos, mientras resbalan las palabras en los labios y una campana lejana hace sonar el tiempo.



Foto: José Luis Moya

9 Estoy en el fondo del día, en el valle de la infancia, en las piedras cinceladas por la vida. A los pies, rumor de orquídeas. El atardecer, inventa un cielo nuevo en las desiertas horas del domingo. Se ha desnudado la tierra de árboles, y queda perpetuado el tiempo en el silencio de las rocas, en las memorias del verano.



Foto: José Luis Moya

10 Los vientos del cielo han sembrado lapislázulis blancos en mitad del invierno. Orfandad del corazón tras las cortinas. Vivir a la espera del azar, aguardando en silencio los veranos del sol. Oasis blanco para otro horizonte de carmín. Esperar en los albergues del alma, un día más, los ojos cambiados por el paso del tiempo.



Foto: José Luis Moya

11 La memoria está llena de heridas. Lutos para los días, mientras el corazón está solo. Enciendo palabras de tristeza frente a los árboles desnudos. Calle de nubes sobre los cementerios de la tarde. Llegará pronto la medianoche del invierno a la estación de los trenes. Despedidas, corazones rotos sobre la niebla. Aprender a llorar tras las ausencias y aullar, a solas, de rodillas, el último dolor, esas noches de ida y vuelta, sin lunas.



Foto: José Luis Moya

12 Invocación del polvo en las huellas del camino. Ruedas del tiempo sin ruta que seguir tras el tiempo de llegar. Respirar andaduras de metal, sentirse borracho de acero y maderas. Ese último poema para el sol, en los deseos de saber volar. Esperar sin impacencias el fin del mundo, con los pies atados y kilómetros de silencios... Los ojos, dejan caricias heridas para ser recuerdo y adiós, más allá de la soledad.



Foto: José Luis Moya

13 Horas de nube. Estruendo de caballos. Por las laderas del viento se acerca el invierno. Pasa el tiempo con hambre de quedarse. Queda prendido el dolor en las ramas tendidas al cielo. Abraza el corazón la soledad de las hojas caídas, en el silencio último de la mañana... Y las campanas de la ciudad, besan el aire con un ángelus de adiós y tierra.



Foto: José Luis Moya

14 Insomnio que mira al cielo. Poco a poco, van muriendo las voces de los árboles. Te miré bajo la ruta de los pinos. Y sentí tus brazos abiertos de par en par, más allá de la soledad. Mis cartas de silencio sin destino, hoy llevan besos y ternuras. Queda en las manos un tiempo sin raíces, y en el cielo del amanecer, un ciprés de niebla besa con ternura el sol.



Foto: José Luis Moya

15 Esa soledad callada que fue vocación para el polvo y el olvido. Hoy, en los ojos, milagros de piedra y sombra. Acariciar despacio las flores de tu cuerpo, oler frutales maduros. Aún quedan primaveras nuevas para un naufragio contigo. Más allá de las montañas, está los sueños, y el exilio en mitad del sol y el esplendor de la hierba.



Foto: José Luis Moya

16 Últimas hojas del otoño inmóvil. Ese lugar donde vivimos los días que se fueron para siempre. Perfil de luz ocultamente querida. Fabrica el sol navajas para cortar las últimas horas del otoño. Ya se extiende el frío en la húmeda sábana del aire. Y el tiempo sabe a olvidos, un día más, dejando sembradas nostalgias en el corazón.



Foto: José Luis Moya

17 Germina el frío entre la noche y el cansancio. Luces blancas. Lienzo de sentimientos para la eternidad. Lluve cellisca sobre los sueños, más allá de las cortinas. Resucita esa necesidad de encontrar otra mirada de cobijo, al otro lado de la niebla. Y la mañana recién estrenada, busca silencios en un bosque de cuentos.



Foto: José Luis Moya

18 Capiteles de luz y aire. Oscuridades enterradas que son ayer. Caminar de nuevo sobre los días de la infancia y las cigüeñas. Tiempo de calma posado en las flores de almendro. Y en el corazón, un viaje nuevo hacia el sur, con hambre de campanas.



Foto: José Luis Moya

19 Tiempo detenido. Distancias perdidas en el fluir de río. Toda la ternura del mundo en las manos de los abuelos. Pasan lentas las horas hacia la madurez de la otra orilla. Monólogo. Conversación a solas, sin palabras con el mundo. En el agua, la luz dormida de todas las estrellas. Y más allá de la tarde, sentimientos inciertos en el sigilo del porvenir.



Foto: José Luis Moya

20 Hora de frutas e inocencia en el cuenco de las manos. Ese cielo recién amanecido. Sabor del heno. El mar. Murmullo de eucaliptos. El último beso sobre el tiempo de los labios aguarda la soledad poblada de sueños y palomas. Las esquilas, la paz dispersa de la tarde... y yo, escribiendo graffitis de olvidos en el agua.



Foto: José Luis Moya

21 Limpiar espejos para la llegada del invierno. Y frente a frente, las hojas de la tarde, los cuchillos del frío bajo la almohada. Cierro las cortinas para pronunciar despacio un nombre, para aprender tus caricias en la nostalgia de antiguos mensajes. Eco de vacíos. Esperanzas solas. Permanecen las hojas muertas en mi jardín. Sentimientos diarios sepultados en las palabras. Vivir sueños, sobre esas otras hojas blancas de papel.



Foto: José Luis Moya

22 Sueños muertos después de haber crecido. El cielo ha decapitado la memoria. Y no hay posible vuelta atrás, cuando el tiempo ha secado el corazón. Caminos sin pisadas. Horas sin risa. Cielo vacío con hambre de gaviotas y campanas. Y más allá de otro día, la soledad del mar.



Foto: José Luis Moya

23 Pasar la noche a la intemperie, para saber las madrugadas del mar. Descubrir en el cielo el rumbo de las gaviotas. Sentir los pies descalzos al final de las playas, tras último verano. Aquí estoy, aquí he llegado, aquí vivo con mi canción última por estrenar. Y sólo ayer y pretérito en la otra orilla. Y en las bitácoras del tiempo, nuevas rutas por estrenar.



Foto: José Luis Moya

24 Álamos nacidos del invierno. Recorro los días transitando páramos de soledad. La gente sufre hasta que el dolor desaparece. Al fin, vencido, parto a ese viaje del misterio y de tanta noche. De pronto, al borde de las palabras que sobran, arriba con pasos lentos el silencio. Te miro en sueños, porque no recuerdo un mundo anterior a tus raíces. Y me quedo en el murmullo de los árboles desnudos, recostado sobre la tarde... a solas.



Foto: José Luis Moya

25 Cigüeñas de nieve en la mañana. Sólo ayer. Largo viaje para hablar el frío. Bajo la almohada, los poemas que fueron escritos junto a la ausencia. Pétalos de rosa, papel de Biblia. Atravieso el último domingo del invierno. Quiero asir el verano de nenúfares, luciérnagas y tomillos. Sol de trigo. Silencio de tristezas. Miro al cielo....escapularios del aire. Grito nuevo de las campanas.



Foto: José Luis Moya

26 Aullido interminable sobre la tarde desierta. Esperan los árboles caídos, las noches cóncavas, vacías de lunas nuevas. Antes de conocerte ya te sabía de memoria. Los labios musitan tu nombre de polen con hambre de encuentro. Ahora tú y yo. De nuevo la tarde, en mitad de los perfumes del silencio.



Foto: José Luis Moya

27 Ojos que se marchitan tras la luz de las hojas. Entre tú y yo creamos cielos de mirtos, perfumes de frambuesa y lavandas con los besos que quedaban. Cenefa de carmines estampados en una servilleta de papel. Un barrio, tus ojos, mi país. Conciertos de río lento en tu boca...y fuego dentro. Atado con alambre al corazón, llevo tus secretos. Y sólo ayer, y sólo hojas, y sólo el tiempo.



Foto: José Luis Moya

28 Arrojan llantos y silencio las campanas. Ese cielo para el abandono. Eco para tu nombre, para poseer el día, para vivir el pasado que sólo tú y yo sabemos. Soledad tras las islas. Y no quedan lágrimas que llorar. Más allá de los campanarios del cielo, contigo busco un escondite de besos nuevos y susurros.



Foto: José Luis Moya

29 Atadas tengo las manos y los pies en esa impotencia de la mirada. Duele el mundo contra los mapas de las hojas muertas, en las cauceras del silencio. Y sólo días para transitar el propio laberinto, para que estalle la luz de otra primavera. Muerte pálida de azules. Y la nada, en mitad de mi poema.



Foto: José Luis Moya

30 Sueños de paz junto al río. Corazón de niño. Esa espuma de la luz que pinta acuarelas verdes en los ojos. Transito lo que no me pertenece. Rompiente de ternuras para las preguntas. Regalo efímero de minúsculo paraíso. Aún quedan días de verano. Antes de la luz dormida, haré una hipoteca de sentimientos y besos para ti. Hoy, tengo la ternura atada a un pañuelo y lilas blancas en un jarrón de cristal...



Foto: José Luis Moya

31 Sentado en una piedra canto al alba. Estoy al norte de tus amaneceres. Pétalos rosas y amarillos para el viaje, al sur de las palomas. Ese último adiós. Cumpleaños de hierbabuena y mentas. La nostalgia, frente al sol que se va, jamás sabrá de recuerdos, de aquellos perfumes del viento. Y un día más, esperar mañana, junto a las flores de acacia recién nacidas.



Foto: José Luis Moya

32 Sordo rencor, tras el aborto del otoño. Decrepitud que atraviesa mis tardes con impotencias de martillo. Bancos para nadie. Árboles desnudos de cielo y aire. Sabe amarga la saliva, más allá de todo lo que ha sido. Trepa una maldición a la garganta, un eructo negro para la soledad y la noche. Y duele dentro, ese silencio inútil, clavado para siempre en los inviernos de las hojas.



Foto: José Luis Moya

33 Días amargos desde dentro. Niebla y lluvia. Los amores se están yendo por el agua que chorrea de los pinos. Y siempre un camino hacia ninguna parte. Abraza la hiedra una pared con esperanza de quedarse. Y las esfinges del parque, juegan a tatuar el humo, mientras llora el cielo hasta el confín de la mañana.



Foto: José Luis Moya

34 Lumbres para el amanecer. En las luces amarillas aquella mirada tuya. Se vistió el tiempo de ámbar, al acabarse las resinas de los ciruelos. Atrapado sigo en tus carmines, en el roce de tus labios de frambuesa y chocolate. Los ojos, buscan otros veranos. Hambre de mar. Recolectan los espejos del otoño las ojeras. Y tu nombre y el mío, caminan hacia el almanaque de todos los noviembre.



Foto: José Luis Moya

35 Este último sueño junto a la luz del musgo. Llegará la noche mojada. Morir eterno junto al pabilo de una vela. Ese dolor hondo que fabrica la tierra húmeda. Sin saberlo, la muerte fermenta detrás de las ojeras. Y sólo nos queda el camino del llanto hasta la madrugada. Dame, Dios, inocencia nueva, para morir un día, con mi canción de gozo aprendida en la alegría del alma.



Foto: José Luis Moya

36 Aquellos besos de sol para el viento. Tu risa franca, las mañanas de azucenas y pan reciente. El corazón es un cofre de recuerdos, de aquellos amaneceres de abril. Ojos de niña grande. Manzanas amarillas, gusanos de seda en las moreras. Repetir los días de aquella luz, los mismos besos bajo el cielo. Y dentro, viajar contigo a los sueños del mar y las gaviotas.



Foto: José Luis Moya

37 Ojos para un plenilunio de fiesta, más allá de los girasoles. Querer a mares durante las primaveras que nos concedió el cielo. Sueños de mariposas blancas sobre las lilas. Vivir feliz la vida entera junto al mar y los árboles. Ha pasado el tiempo de los membrillos. Anudar la juventud a un cáliz de nardos para cruzar el mar. En el azahar de besos y palabras, en el silencio hondo, nacer al mundo.



Foto: José Luis Moya

38 Luna y sombra han apagado el azogue de los espejos. Agua dormida contra el agua. Velas sin viento. Las horas de ayer, fragmentan recuerdos de noria. Me reúno con el atardecer y tus ojos frente al molino de viento. Ya sobra el aire del mar y la esperanza para la última travesía. En la memoria de las miradas, soledad y heridas, semillas para los naufragios del viento.



Foto: José Luis Moya

39 Ese exilio de cemento y piedra. Llegan perfumes del mar ante los ojos. Una oración atada al fondo del malecón. Aún espera aquel regresó la niñez de caracolas de mar. Hierros lentos para amarrar una profecía. Estar solo frente a la llanura los días de abril. Escuchar con los ojos cerrados las primaveras del agua en el confín último de la tarde.



Foto: José Luis Moya

40 Tarde que sueña adiós a los espejos. Y no hay posible atrás para el río que busca el mar. Sentimientos, alegrías, brújulas del dolor. No digas que he llegado y aquí me quedo, cuando la ilusión va de viaje en el camino. Aún existen alas para volar, en los senderos dibujados por el viento. Estar a solas en las páginas de la tarde. Y a solas, abarcar un poema en las palabras del agua.



Foto: José Luis Moya

41 Inicio de un secreto. Fermentan de vida las mañanas de abril. Te he esperado siempre, cansado y roto, en el camino de las jaras. Contigo quiero cambiar mi suerte, mutar el tiempo en los últimos fragmentos de primavera. Y saberte mía, cerrados los ojos, tendido los dos sobre la hierba.



Foto: José Luis Moya

42 Arden desgarrones de luz. Un largo ayer. Los mástiles queriendo llegar al cielo. Anclado al día inaugural en los ojos la paz del mar. Quedan atrás las horas desteñidas de la niñez. Hombres hoy, de camino a los cementerios del mar. En las sandalias del viento dejó huellas de arena, sentimiento de pisadas. Hoy, sé que moriré lejos del agua, desnudo, bajo los párpados de la hierba, para besar el mundo.



Foto: José Luis Moya

43 Una abarca vacía es el panteón de las gaviotas. ¿Qué sabes de ti, más allá de las cicatrices del tiempo?. Remos cansados de noche. Salmos y sueños. Sabe el aire a música. Las horas de los días iguales, ya ha escrito demasiadas páginas con mis manos. No queda más tiempo para ser rebelde. Y en el agua de la mar, sobre las tablas de los barcos, las vidas se van marchando.



Foto: José Luis Moya

44 Exilio de silencio. Paseo por el cementerio de las palabras con el dolor del frío. Regreso a lo último que queda de lo que fue ayer. Es imposible levantar una resurrección de pretéritos, en el tiempo enfermo de las banderas. Maldición para la muerte las tardes de humo. Queda esa mirada última de nostalgias a los mástiles de piedra. Y duele la soledad inmóvil, más allá de los inviernos. Postal postrera para las nieblas y la memoria. Recuerdos partidos junto a los naufragios del sol.



Foto: José Luis Moya

45 Habita un rosal de tristezas plantado bajo la ventana. Y llueve soledad. Mojados tengo los ojos de todas las melancolías del invierno, las esperanzas sumergidas bajo el agua. Gotea la vida lenta sobre musgos y cristales. Tengo, en ese armario de la vida, colgadas mis tristezas. Dentro, crecen nostalgias de aquel nuestro tiempo de ayer. He rasgado las páginas de un libro por culpa del cielo. Y en el adiós a la tarde, musito a solas, plegarias de silencio.



Foto: José Luis Moya

46 Esperanza en la mirada sobre las mañanas del mar. Las bitácoras del tiempo antiguo apuntan otros horizontes. Y esperar, y esperar siempre, a este lado de la arena, mientras envejece lento el corazón. Tengo todos los silencios conmigo, el sigilo de los remos bajo el cielo, y los sueños últimos de orilla. Y tú, estás en mi viaje de mástiles dormidos. Cuando tus ojos estrenen el alba de otro nuevo amanecer, sabrás la luz del mar, y el perfume azul de los almendros.



Foto: José Luis Moya

47 Se desliza sobre el tiempo la edad de los helechos, mientras la primavera peina los árboles. La vida escribe en los ojos los secretos del verano. Palabra contra palabra. Sabor a tierra húmeda, a verde infancia. Aprieta tus manos contra mis manos, déjalas sobre los sueños, para que crezcan besos y semillas en mitad de las amapolas.



Foto: José Luis Moya

48 Mientras germinan las tardes, el pasado es nuestro espejo. Uno a uno, con las manos, anillamos sentimientos de ayer para terminar los collares amarillos del tiempo. Arenas bajo los pies. Abraza el sol el horizonte de carmines. Sigilos de la memoria. Y tú, en mi corazón, y sobre mis ojos, la paz del mundo.



Foto: José Luis Moya

49 Soy de ayer, y como los árboles, he crecido demasiado pronto. Quema el dolor seco de los clavos, las antiguas heridas de los paisajes de herrumbres. Crucifixión de esa otra soledad sin nombre. Anidan sólo recuerdos en los cementerios de la vejez y los barcos vencidos. Me quedan, como cobijo solo, tus manos recorriendo las mías, junto a las cortezas, y el último beso de amanecer y noche.



Foto: José Luis Moya

50 Alabastros bruñidos de cielo. Buscar a tientas el último paraíso con los barcos a la intemperie del frío. Sacude el azul celeste para que empape el alma. Quiero encontrar el perfil de tu mirada en las hiedras de los años. Salvemos aquellos besos olvidados, antes del naufragio del sol, antes del regreso, de las cigüeñas negras a la noche.



51 Sobre la cuna, pasaron los aguaceros y las primaveras en los maíces. Sentimientos que gritan ayer. Risas de cristal. Molinillos de papel. Ansias de cometas. Baluceo la luz ansiosa de un día más. Alegría. Gritos de feria. Inmortalizar el tiempo de ayer sobre un caballo de cartón. Futuro. Esperanzas por llegar, más allá de un incierto arco iris. Hoy aquí, cegado de singladuras y mar, con arenas en los pies. Corazón desnudo, hambre de volar.



Foto A. Crespo Bellido

52 Permanecer en silencio. Quemarse lento esperando al alba, en los ojos cansados, en la oscuridad de los armarios. A pasos lentos, sobre las maderas del amanecer, viviré el sueño de la niñez, que aún está conmigo. Voy despacio, escribiendo el último poema de adiós. Mientras, llega el día a las ojeras, descubro un cielo de lluvia, ausente de colores. Luego, el silencio sólo, apagaré contra las sombras, la mortecina luz de esta vela.



Foto: José Luis Moya

53 Crecer. Decir sentimientos al cielo, desde la impotencia de las palabras. Saber el corazón anclado a tierra sin poder volar. Y sólo deseos callados, y escribir suspiros de colores en el aire, siguiendo el rastro del viento, las mañanas de abril. En la verticalidad de los árboles muertos, cierro los ojos, para seguir abrazado a la vida.



Foto: José Luis Moya

54 Poseer el día. Niñez de ayer que espera más allá del agua. Esa luz detenida en el corazón de las hojas. Busco incansablemente tus huellas y un poco de ternura que llegue a mis orillas. Regresa a los recuerdos tu perfume, en ese camino de los sueños. Desde dentro, se escapan las palabras en suspiros, buscando en silencio, cada día, la ruta de tus ojos.



Foto: A. Crespo Bellido

55 Amanece el día escudriñando una esperanza. Besos azules del mar en los labios de las margaritas. Toda la magia de la luz en el corazón de los pétalos. Reinventar las horas en el escaso tiempo para vivir. Quietud de los pájaros, donde el sol es risa. Sólo en un poema de amor pervive callada la resurrección.



Foto: José Luis Moya

56 Aún calzo al alba mis sandalias como entonces, y me echo a ver el mundo. Y siempre regreso más cansado. He dicho adiós a aquel espejo donde abandoné mi máscara. Con los brazos abiertos, a los cuatro puntos cardinales, me entrego. Luz del viento. Hablar sin palabras. Crece el amor empezado entre las rocas y el cielo. Y siempre es atardecer en las sendas del tiempo, en las palomas de papel pintado.



Foto: José Luis Moya

57 Queda la soledad sepultada en las tardes de niebla. Y no comprendo el tiempo en el que vivo. En las cuencas de los ojos, vacíos de campanas, escarba el último sol, los oropeles de las hojas. Y todos los caminos conducen, sin quererlo, al confín de la tarde. Ojos nuevos. Santuario de besos. Tiempo sin ti para un naufragio.



Foto: José Luis Moya

58 Ayer, jardín de besos y susurros. Dormitan las parras a la sombra del verano. Salir del alba, noche tras noche, para abrazar el sol de la mañana. Crecer hasta la última ilusión contra el muro blanco, mientras los ojos van a la deriva en los colores. Besos y un regalo: claveles rojos, azucenas para levantar cosquillas en tu geografía, esas mañanas nuestras, al otro lado del río.



Foto: José Luis Moya

59 Pesadumbre de ser a la intemperie. Eternamente para siempre argolla en la prisión de las maderas. Tiempo de ayer detenido. Imagen sin palabras ni manos de amigo. Aguardar en soledad las historias de todos los caminos. Pudrirse en silencio, sobre las horas de lluvia, en las lágrimas de las herrumbres. Y esperar, esperar siempre las tardes azules del frío..., a que el tiempo muera.



Foto: José Luis Moya

60 Pedernales de trillo. Mañanas del verano. Crucé la infancia de geranios. Entre las manos tengo girasoles de noria. Luz para perderse entre los pájaros que emigran las rutas del sur. Hace falta tanto y menos para habitarlos de besos y miradas en la piel. A este lado de las montañas, las milenarias eras, aún aguardan las tardes de bálagos, los días de sol, ayer y trillos.



Foto A. Crespo. Bellido

61 Esos días de desván y lluvias. En ánforas de soledad guardo el dolor del frío, y me sumerjo en un mundo que sólo existe bajo tu corazón. La tristeza dentro, junto a la ausencia de poemas bajo la almohada. Hace frío en esta casa de ventanas cerradas. Mirada de cenizas en mitad del agua. Aquí estoy, sentado en el camino, en el cansancio de todas las palabras. Y no hay música ni besos. Y sólo escucho, a ciegas, en el desván de mi soledad, las campanas del diluvio.



Foto: José Luis Moya

62 Me abraza de flores la noche y la luna me presta su latido. Quedar en silencio, en la luz rota de las rosas. Sobrevivir al dolor de lo hierros oxidados. En los estambres amarillos, se halla el misterio escondido de una aurora. Esa mirada tuya, un abrazo, un beso en la desnudez de tus corolas. Nacer de la noche y el agua, para llegar al bronce de los ojos, en mitad de mayo y la hierba.



Foto: José Luis Moya

63 Lluvia. La tarde se parte de granadas por la mitad de la luz, en los zarzales ya sin moras. Navegar solitario los equinoccios del tiempo. Ese imposible de las tardes de abril contigo. Alguien me pregunta qué es para mí la vida. Y le respondo que es tenderme al sol, soñar el ayer, amar y acariciar con palabras, aquello que no pude tener.



Foto: José Luis Moya

64 Esa argolla, unida eternamente a la argamasa de la pared. El destino, pegado al tiempo de vivir. Amores de sentimientos idos. Junto a una palmera mastico la soledad amarga de los cactus. Otra hora en los relojes cansados de la ciudad. Todo el mar en los ojos, y soledad en las manos, sobre orillas de arena.



Foto A. Crespo Bellido

65 Se desangraron, hace tiempo, las semillas de los centenos. Estar de regreso sobre las horas quietas de la tarde. Escucho tus susurros en las melodías del silencio. Y el tiempo, nos quema lenta el alma de deseos imposibles. Mientras escribimos la última partitura al borde de la vida, un oboe, transido de tristezas nos conduce hacia un cielo azul de crisantemos.



Foto: José Luis Moya

66 Arándanos maduros de sol y de septiembre. Rozan la mañana las altas hierbas crecidas. Sentado en un sillón de mimbre, peino recuerdos lentos y emborrono páginas blancas. La mirada triste y solitaria de mi perro es mi única compañía. Más allá de las lindes de tierra, rezan los chopos al cielo. Me recojo en el santuario de la paz que llega. Esperar y esperar, esperar siempre, junto al dintel de la puerta, a que maduren las frutas, a que se marchen las nieblas, a que nazca de nuevo el sol.



Foto A. Crespo Bellidop

67 Rosas rojas pintadas en la nieve. Tengo un libro de poemas en las manos para saber el mundo. Los ojos arañan fuera el agua húmeda de la noche. Te leo en el silencio de los párpados cerrados. Hoy se que hacen falta años para escribir los prólogos del coral, la sed de un árbol, el terciopelo de las frutas, el anochecer del mar. Todo cicatriza despacio, en lo hondo del alma, cuando vas desnudando el corazón.



Foto: José Luis Moya

68 Nuestro silencio estéril. La lluvia. Tristeza de los inviernos ateridos, de los gorriones sobre la niebla. Se va la mañana por los orificios del cemento. Llega la tarde azul a las ojas. Pervivir contigo, más allá de poemas y tristezas, en ese trago amargo de distancias, mientras sueña el corazón, atardeceres de rosas sin crepúsculos.



Foto: José Luis Moya

69 Cae lenta la tarde. Viste el silencio dolido la libertad vertical de una cruz de piedra. Amapolas últimas, de camino hacia las tardes de otoño Fueron demasiadas las palabras sembradas y pocas las espigas maduras. Iré a otra ciudad. Iré a otro mar para siempre, camino de otro río. Y en las noches de estrellas, sobre la hierba, guardaré silencios esperando la mañana mirando al cielo.



Foto: José Luis Moya

70 Ha crecido la hierba de repente. Ese campo de flores blancas y amarillas. Volver al ayer, al verde mar de los trigos de infancia. Abrir la ventana a las mañanas de sol. Llegar al hoy, sin conocer el camino ni hasta dónde. Y en el mientras tanto de la vida, saber que habrá crecido la hiedra sobre el muro y envejecido los graffitis. Al fondo de la noche, contra las azucenas, sólo queda un adiós y sabor de incienso.



Foto: José Luis Moya

71 Pensamientos de ayer. Diciembre...Todo regresa donde la niñez termina su suicidio. Me siento en el vientre de una piedra, al borde de la ciudad dormida. Poblada están de sentimiento las sombras alargadas de los árboles. Deja el tiempo en los ojos, sólo cicatrices. Cordeles de lluvia acampan en las lejanas cúpulas de la ciudad. Sobre la fiebre del agua, llega ese dolor del frío. Reclinado en el escaño, aguardo la noche. Puertas cerradas. Armarios de tablas. Perfume de membrillos. Y lloran al cielo, gritos ajados, los pensamientos de mi balcón.



Foto A. Crespo Bellido

72 Semillas del verano sujetas a un cenit de adiós. Ese mañana que inventamos ayer para vivir un sueño. Cuánto tiempo escondidas en la tierra las semillas. Y ahora soledad que espera el viento sobre el crespón de un desenlace. Ayer, hoy, mañana. Tú y yo. La tarde rota de granadas en las manos. El sol. Sangre de besos en los labios. Todas las semillas mueren contra la luz, a solas siempre, en la oscuridad, a ciegas, contra la tierra.



Foto: José Luis Moya

73 Tu nombre es una herida. Sólo queda silencio. Contemplo los humedales del mar, desierto de flamencos y correlimos. Ahí están las llanuras del invierno en las corolas de la tarde, el ocre gris de tierras desiertas de triguales. Y no queda ni tú, ni yo, ni mañana. Sólo el silencio vacío de las gaviotas que cruzan lentas el cielo gris de las hortensias.



Foto A Crespo Bellido

74 Sobre el tapete reposan las páginas teñidas de soledad. Una rosa acuchillada, aguarda los peldaños de la música. Fuera, el humo de la tarde está preñado de amapolas. Sentado a la puerta de casa, escucho pasar la vida. Besa el viento los eucaliptos y a sus pies mueren las mieses amarillas. Se hace tarde en los últimos fractales de la luz rota, en los perfumes de menta, nacidos de la hierba. Es necesaria la aurora, mañana, para que jamás muera el cielo.



Foto: José Luis Moya

75 Tiempo abandonado. Luz junto al mar. Hoy a solas, a la sombra de la tarde. Infancia detenida en el manillar de una bicicleta. Los perfumes de ayer jamás regresan. Saltar en la vida ese puente de madera, con una despedida de nostalgias... Hace tiempo crucé las orillas de tus ojos. Hoy, tengo un dolor errante conmigo, que es la soledad. Girar de noria, esperar interiormente, ese regreso de la noche. El ocaso lento de la tarde llega a los ojos, a las maderas, prendiendo besos de luz en el solitario corazón de las magnolias.



Foto: José Luis Moya

76 Este silencio del día inunda el alma de girasoles. Tengo palabras azules bajo los párpados, besos escondidos para el crepúsculo de la tarde. Sobre una alfombra de margaritas, escribiré tu nombre antes de partir. No sé, a veces, dónde está mi lugar. La distancia es el olvido. Y mi hambre de ti, y la sed del mar... a solas, junto a la tarde.



77 Todo lo demás empieza donde acaba mi niñez. Desapareció el otoño en el invierno y un año en otro año. Araña el tiempo la edad de los ojos, y estoy aquí, sin palabras, cansado de todos los regresos. Ninguna luz inventada alumbra ya las miradas de ayer. He crecido de horizonte y sólo tropiezo con mi sombra que es la soledad. Cuando me vaya para siempre, tras los calendarios vacíos, pido a Dios que arrastres mis ternuras sobre el trébol, sobre el dolor de las rosas que fueron cortadas, sobre el amor del mundo.



Foto: José Luis Moya

78 Andar contigo el mar, cuando la estrella de la tarde se cuelga al final del último crepúsculo. Sólo queda el alfabeto de los besos para escribir de noche tu nombre en la arena, para acunar una palabra en los espacios sin memoria de las playas vacías. Y dejo a solas mis silencios, en el altar del día que termina, en el silencio de tus manos y secretos.



Foto: José Luis Moya

79 Brotes nuevos de almendro. Noche de lirios y lilas blancas. Frente a mi, una copa de cristal cargada de lejanías. Una vela sándalo quema el brillo de los ojos. Yedras opacas en la encrucijada del desamor. Tengo un fuego oculto que aguarda la tormenta. Un perro de barrio aúlla a la luna el último naufragio. Cuando me vaya, dejaré para siempre gaviotas y azucenas, en las sangrientas horas de la mar.



Foto: José Luis Moya

80 Tengo un desván de sombras en las manos. Sobre el viento del otoño siembro melancolías. Y Dios al otro lado, y sólo inviernos en tus labios. Mi voz se ahoga en las tardes del humo y el corazón regresa por los besos de los sueños. Pasillo largo. Ese alfabeto de los relámpagos... Humedad anclada a las maderas. Aquí estoy, a la puerta de casa, vacío el corazón sin ti, anudando lágrimas por dentro, en mitad de la tormenta.



Foto: José Luis Moya

81 Descubre la tarde el roce de las espigas en las manos. Ayer, junto a los ojos, trincheras de soledad. Llega tu recuerdo de mujer despacio, mientras se mecen las mieses amarillas. El atardecer hace tentativas de escarbar rendijas en el cielo. Queda ese espejo de soles que grita y empuja a la tarde, hasta el borde de las encinas. Sueño contigo el agua de un mar de espigas. Y el corazón viaja a tu orilla, en las últimas campanas de la tarde.



Foto: José Luis Moya

82 Pilares desencajados. Tablas rotas. Pasa la vida, pasa el viento por los años y los adobes. Despojos de ayer contra la luz vencida. Sentir el frío en el pensamiento como sierra para la leña. Un abrazo, esa mirada...aquel perfume de membrillos. Corazones olvidados sobre la piel de los árboles. Ignorar las quemaduras tras las cenizas. Días de luto y humo. Saber, con los ojos cerrados, las propias ruinas de los adentros. Todo ha encontrado un nuevo rostro. Y hoy, es ya el principio de la otra oscuridad.



Foto: José Luis Moya

83 Esas tardes de miel y otoño. Metáforas de vides muertas para el olvido. Sentir el viento, las hojas, los castaños, los musgos del mar. He plantado un tiesto de alegrías. Abandonado dejo un susurro a mis espaldas, sobre el tiempo vencido, sobre las ruinas de las sombras que son ya historia. Por los contraluces de la tarde, como el agua lenta, camino a solas hacia el mar. Sueños de ayer...Catedrales del tiempo... Esa noche, esa playa... Y tú conmigo.



Foto: José Luis Moya

84 Quiero coger el cielo con las manos, cerrar los ojos, sentir de nuevo aquellas tardes de abril y polen. Llevo dentro tu perfume de mujer y una banasta de secretos. Rozan el silencio tuyo y mío las pestañas. Sé que mañana moriré a solas, como las gaviotas, en las jaulas del tiempo, y el corazón frente al mar.



Foto: José Luis Moya

85 Pájaros negros se han posado en las ramas de esa otra oscuridad. Habitación sin ventanas para palabras muertas. Hoy se agrieta el mar. Y aquí está el corazón, donde se estrella la soledad cada atardecer de invierno. Desde el interior, cerraré los ojos a la tierra, hasta que una tarde gris, se quede sin nosotros.



Foto: José Luis Moya

86 Deja que vierta sobre tus cortezas y heridas mis palabras de bálsamo, colonia y besos. Sé que estás ahí tendiendo tus ramas al agua con esperanza de crecer. Y los años te han vaciado el corazón relleno de dolor y soledad. Quisiera hablarte de otro modo. Dejar sentimientos en los años de tu piel. Esta tarde, sólo sé escribir inútiles desesperanzas sobre las anclas del viento, deseos últimos, en ese mar de sensaciones, que acercan al morir.



Foto: José Luis Moya

87 Árbol frutal a un paso de ser leña. Por el tiempo de amarillos me lleva de la mano el otoño. Silencio solo. Siento los frutos del frío en mitad del sueño. Sé que más allá del mar y las mareas habrá un corazón nuevo latiendo para mí. Me quedaré contigo, las manos juntas, el corazón viajero en las pulpas amarillas de la tarde, frente a los ojos azules del mar.



Foto: José Luis Moya

88 Los cordajes del barco. Sol hasta la punta del último mástil. Mástico silencios de navío maldito, atado al mismo puerto extraño de tierra y mar. Se marchitaron las buganvillas en la pared. Las ilusiones ya no tienen norte, ni estrella, ni molinos de viento. Sólo una mochila oscura para los ojos, donde coleccionar historias, y todos los naufragios del mar.



Foto: José Luis Moya

89 Ya no estás donde mis manos te dejaron las mañanas de abril. Telas de araña en el desván. Lagar del tiempo Ese último mayo para morir sobre cristales como madera vieja, como madura fruta de amarillos. Te recogí al final de los rastrojos para que fueras sobre mi mesa, recuerdo de los oros del sol. Hoy, la mitad de la tarde surca las encinas. Péndulo de reloj. Sillón de mimbres. Las melancolías gritan al aire, arrastrándose sobre el pasillo. Está el silencio en su sitio, en la ruta de las tristezas, tras las páginas del corazón.



Foto: José Luis Moya

90 Eres furiosamente el carbón oscuro que aún habita en mí. Terciopelos rojos. Armarios para el alcanfor. Las horas de hoy son cómplices de los sueños detenidos. Me quedo en esa tarde que se va con la luz vencida. Viento para las rosas negras. Horas deshabitadas. Esta noche, una vez más, a solas, en el olvido de todos los silencios.



Foto: José Luis Moya

91 Despertar el alma, tras la noche de sombras. Madrugada de brisa y frutas. Sentir la escarcha de almendros en los ojos. Mañana nueva recién estrenada. Ese perfume de amanecida. Menta y té, sobre una taza de porcelana. En el alma, ilusiones blancas acabadas de nacer. Contra el mar las cúpulas del cielo. Silencios bajo la piel. El negro sabor a pizarras reconcilia deseos. Escriben las golondrinas mojadas graffitis invisibles en el aire. Amar a solas los perfumes de la tierra, en esa primavera de los dos.



Foto: José Luis Moya

92 Torno, como siempre, a las hojas de los otoños para acariciar los sueños. Esas tardes grises sin pasado. Ha muerto el tiempo de rosales y caminos. Sabe a mar y a óxido el frío viento. En los alambres de la vida cuelgo mis tristezas, como ofrenda última hasta la muerte de las hojas, hasta el silencio último de los árboles ateridos. Y la vida se va. En los derrotados escombros del corazón... humedad de lágrimas. Sobre la tierra de noviembre,... hojas empapadas de lluvia.



Foto: José Luis Moya

93 Ribera de nostalgias. Temblor último de los álamos desnudos. Estoy en mitad de esta tarde vacía de campanas. Persigue el cielo primaveras. Y el corazón sin rumbo ni rosa de los vientos...Singladuras de deseos en aquellas horas de ayer. Queda un sedal de recuerdos dormidos....Abandono los sótanos de la memoria, el dormitorio de los desvanes. Mientras la tarde se va, más allá de la tristeza de los álamos, aquí permanezco a solas, un día más, en las palabras para nadie.



Foto: José Luis Moya

94 Corazón abierto de par en par, sin barreras ni cristales. Se desnuda el tiempo en una eternidad de pasados. Esa ventana de ayer por la que miramos la niñez y la vida. Tienen hambre de ternura y compasión las piedras... Tarde inmóvil. Un día más, la luz se marchita en el alma de las tristezas. Azucenas de abril. Gorriones que regresan a los graneros del luto. El dolor del tiempo vencido, nos empuja de soledad en soledad. En las ojeras de los inviernos lloran para siempre las ventanas muertas, y sin quererlo cada tarde,... se va quedando el corazón... vacío de ilusiones nuevas.



Foto A Crespo Bellido

95 Soy un hombre solo en los días de nardos tardíos. Entre las manos, un libro. Amor de páramo caliente en las encinas sin historia. Tus manos de ayer y los besos dados, se han ido en las cortinas del humo. Sobre tus arenas blancas, se calcina la paz de las gaviotas. Aquel camino... rosas silvestres y todas las madrugadas del mar. "Ven despacio como nieve lenta, como retazo de efímero pasado, como memoria acunada, como sol y como lluvia. Como nada y como beso, ven despacio".



Foto A. Crespo Bellido

96 Girasoles nuevos que peina el viento. Ese mar de cristal, las tardes de abril. Recuerdos acurrucados en tu piel, en mitad de las arenas. Sueños, azucenas y lavandas, al alba, trepando por tu piel. Adivinaré tus ojos en los caminos del aire, en los sedales al sol, donde cuelgo el tiempo que transito. Hoy estoy a solas en esta orilla de la ciudad, teñida de crepúsculos. Y a solas, pronuncio sólo tu nombre.



Foto A. Crespo Bellido

97 Un invierno jamás perdona un rosal. Tanta historia retenida en la mirada para recordar sobre el camino cuando el sol se va. Aquí estoy, sin emociones nuevas. Las mismas horas de ayer, las manos vacías, sin esperar nada. Llorar la vida que se va con los ojos secos. La noche llega para sentir los aguardientes amargos de la soledad. Tiempo de escalofríos para rasgar la oscuridad con tijeras. Miradas sin besos. Te estoy hablando de silencios desde el escondido país de los gritos y ese sentimiento de todas las palabras por decir.



Foto: José Luis Moya

98 Desnuda el sol las piedras y paredes y mueren las sombras al entrar el día. Una mirada. Un escalofrío sobre la piel. Siembro besos las mañanas de niebla, sobre la hierba. En el confín de la tierra de los árboles crecidos, surgen margaritas y susurro de palabras. Vivir primaveras. Morir en el efímero tiempo de un día. Quiero verter a solas sobre los días del verano.



Foto: José Luis Moya

99 Aquí estoy, bajo este cielo triste del amanecer. Navegar juntos, esa última travesía. Dame la mano, dame un sueño para vivir contigo. Hoy amarga el silencio, como la evocación que agrieta la memoria. Y no sé pronunciar este recuerdo que va marchitando los labios. Vuelve un día a mi playa de palmeras, a las arenas de ternuras en la piel.



Foto: José Luis Moya

100 Ascensión. Deseos de plenitud, La última cumbre hasta un nuevo horizonte. Como otras veces, sin tus manos... Ese lento lagar de los días iguales, donde fermenta el cansancio. Recuerda este poema cuando mis ojos te arrastren a un lugar sin nombre, hasta cansar el corazón. Yo amé tu cuerpo y nuestra alegría inventó la ternura en los pétalos blancos. Déjame crucificar amapolas en tu boca, para una resurrección nueva, cuando se marchite el mes de abril, y no queden más lilas en los ojos.

